

II

—Señores, la banca está á remate!

De pie, apoyado en la silla del banquero, el administrador del Sport Club, remataba la primera banca de las siete de la noche, la más concurrida, en el salón del *baccara*. Y los socios todos, como llamados con campanilla, fueron apareciendo por las diversas puertas de la estancia; por la del corredor, los que subían del patio, de ver el desfile de los carruajes, en su retorno del paseo; por la de la sala, los que habían estado manoteando en el piano, cambiándose confianzas en los amplios sitios que adornan á aquélla ó presenciando la instalación de los lucha-

dores de *poker*, cuatro valientes que noche á noche y con *lotes* de á quinientos pesos, se maltrataban la cartera; y por la del billar, los que para *hacer tiempo* emprendían una *guerra de piña* que nunca tuvo fin, pues la interrumpían en cuanto el *baccara* comenzaba.

Ni duda que era aquel el momento más animado del Club. El soberbio palacio de azulejos, iluminábase eléctricamente; los camareros alistaban barajas, sillas, abrigos; en la cantina se iniciaba el servicio activo; y los socios se agrupaban en derredor de la mesa verde muy cepillada, resaltando el número de los cajones y el de los asientos, la bandeja central en donde se arrojan las cartas, y los montones de fichas de nácar apiladas según los valores que cada una lleva grabado. Las pujas subieron hasta dos mil pesos, oyéndose de nuevo la voz del administrador.

—La banca tiene dos mil pesos por el señor Aneiros, y está pagada la casa—agregó, introduciendo una ficha en una hendedura de resorte, que á la derecha del

puesto del banquero se veía en la mesa. Aneiros era un banquero muy adinerado.

Fué la instalación lenta; los socios se sentaban poco á poco, como si aquello no los interesara, como si mutuamente trataran de demostrarse que no jugaban por vicio sino por divertirse y por matar el tiempo. El pagador probaba la elasticidad de las paletas, recontaba fichas, y Aneiros, el banquero, líaba un cigarrillo después de haber formulado las preguntas de rigor, el grueso paquete de cartas en la mano:

—¿Baraja el 1?..... ¿Baraja el 2?.....

Entrambos cajones barajaron, algunos socios con destrezas de prestidigitador; dió Aneiros al asendereado paquete una repasada concienzuda, lo colocó en seguida contra la cuña, echó un vistazo á los socios y todavía sonriente, exclamó:

—Vaya, hagan su juego caballeros.....

Nadie va más!

Y con todas las reglas, cortésmente, entregó las primeras cartas en propia mano á sus dos vecinos de asiento. ¡Qué eloquente silencio el que siguió á esta manio-

bra! Ni quien fingiera ya indiferencia, al contrario; suspensos y mudos, aguardaban á que el banquero hablara, en tanto que los depositarios de la *mano*, muy dignos con su alto encargo, no prestaban atención á los codazos, señas y carraspeos de los jugadores nerviosos que ansiaban conocer el punto.

—Doy!—dijo Aneiros.

Cual si les quitaran un peso de encima, con la esperanza de ganar, de los dos cajones partió la misma exclamación, aunque en diverso tono:

—Carta!..... Carta!.....

Con alternativas en los "puntos" y con cambio de banqueros, pasábanse las veladas en el Club. Rafael Bello, el papá de Nona, también *banqueaba* con frecuencia y con aplauso, por sus liberalidades, y aquella noche, á pesar de tener anunciado su regreso de la hacienda, no daba señales de vida. A las diez, comenzaron las deserciones; levantábanse los que habían ganado, con repentinos recuerdos de quehaceres urgentes, consultando desesperados su reloj propio y el impasible reloj del salón, el de carátula

clara que enseña desde lejos el nombre de los fabricantes: "Negretti & Zambra, London," el de péndulo dorado que oscila dentro de su armario de madera y cristales. Los que perdían no miraban sino al banquero, ansiosos de adivinar si permanecería en su silla, pues mientras permaneciera, era posible el desquite. Y en la rejilla del rincón, apiñados, cambiaban los victoriosos sus fichas por billetes. Otros, con más filosofía, leían despacio la carta y ordenaban su cena, poniendo avinagrado el gesto ante los sablazos de los desplumados:

—Préstame cien pesos, tú, á ver si me desquito; me han dejado limpio.

Ya muy tarde, cuando en vez de jugadores no se veía en torno de la mesa sino á unos cuantos pacíficos en desmayada charla, aguardando pacientemente que á la salida de los teatros llegase tropa de refresco al Club y se armara un *baccara turnado*, apareció Rafael Bello, aún en traje de campo, y en compañía de dos íntimos, invitados por él á su hacienda; mal humorado Bello, sus íntimos satisfechos, pintado en el rostro

el beato cansancio que nos causa una temporada de vida buena.

—Hombre, gracias á Dios; creímos que ibas á eternizarte en el terruño. Pónnos una banca....

—¡Qué banca ni qué... demonios! Como para bancas anda el horno... ¿No está Chinto?

¡Chinto á esas horas! Habíase retirado temprano, en cuanto sacó sus veinte pesos; ¿no lo conocía acaso? Notábase en las palabras de esos cuatro ó cinco desplumados, una rabia latente contra aquel Chinto,—Jacinto de nombre,—que perdía rara ocasión, que con su exasperante suerte vivía á costillas del Club, tenía resuelto el problema de exprimir su jugo al *baccara*, y se embolsaba de quince á veinte duros diarios é infalibles; sin ruidos ni aspavientos, cantantes y sonantes; haciendo gala de una extraordinaria fuerza de carácter para abandonar la mesa al realizar su modesta ganancia y con ella írsela pasando tan ricamente. Nunca ganaba más de veinte ni perdía más de diez. Solía decir,—cuando le pedían la receta de su calma,—que él era un hombre

de principios fijos. Y no era tal; era un hombre lleno de necesidades y de gastos, sin otra fuente de recursos que el maldecido juego. Bello lo quería con debilidad; con uno de esos afectos incomprensibles de rico que se encariña por afán de encariñarse con alguien, y así le cuesta dinero el tal cariño.

Después de convidar á unos *groggs*, Bello se encaminó solo á su casa, una casona enorme y vieja, en la calle de Cadena; con su zaguán claveteado, recias rejas en las ventanas del piso bajo, balcón corrido en el principal y almenas y cruz en la azotea; la casa de sus padres y de sus abuelos, que ahora ocupaba él nada más, en medio de un ejército de criados, de recuerdos y de tristezas.

Con el tono cariñosamente gruñón que adoptan los criados que encanecen al lado de una familia, lo recibió el portero:

—Buenas noches, José.

—Buenas noches, niño.

En el corredor le salió al encuentro Manuela, el aya de Leonor y ama de llaves general:

—¿Cena Ud., señor?

—No Manuela, voy á acostarme, ¿no me ha escrito la Nona?

Ante la afirmativa respuesta del aya, Bello apresuró el paso, renunció á los oficios de su ayuda de cámara,—un tunante inglés, importado cuando su último viaje á Europa,—y se coló en su dormitorio, precedido siempre de Manuela, que con una palmatoria en la mano, alumbraba el trayecto. Una vez solo, desnudóse á la diablo, tirando aquí una prenda y allá otra, con grandes zancadas en la estancia y porrazos á los muebles, murmurando reproches en alta voz, mal encarado y nervioso.

—¡Canalla!.... Es claro, clarísimo; ¿qué otra cosa puede dar una mujer así?....

Hasta que ya en camisa de dormir, se tumbó en la cama y cogió de sobre la mesa de noche, la carta de la Nona, que lo calmó en seguida, que lo hizo sonreír y retardar la apertura, para prolongarse el alborozo de leerla. Aproximó la vela, se acomodó en las almohadas y leyó:

“Papacito lindo:....

Lo de siempre, una deliciosa sarta de disparates, lo mismo en sintaxis que en ortografía; una serie de monerías y de candores, de indiscretas observaciones y de concordancias gallegas. Que lo extrañaba mucho, que en el colegio rezaba por él, que cómo había dejado á su cabrita y que no se olvidara su nana de recoger en la hojalatería las vidrieras soldadas de su casa de muñecas. Y firmaba: "tu Nona," con un borrón al lado, tan mayúsculo, que simulaba un apellido japonés.

En la crisis porque Bello atravesaba, la carta de su hija antojósele más sabrosa que las mil y mil que le llevaba escritas desde que supo hacerlo. La veía por todos lados; aspiraba su perfume, una aura ligerísima de incienso, de cosas santas, y se imaginaba á su hija escribiéndola, después de la clase, vigilada por la maestra de escritura. Conforme evocaba á Nona, caía su cólera, la excitación nerviosa de su regreso, y nubes de dulcísimas reminiscencias le orearon el espíritu. Con los ojos entrecerrados, la veía de más pequeña aún, la veía nacer, y

fatalmente entonces veía á su esposa, tan abandonada de su corazón mientras vivió, y tan amada ahora, ahora que yacía bajo de tierra, ahora que sus defectos parecían virtudes, sus virtudes santidad y su distinguida belleza de camelia, una belleza quimérica de santa medieval. En el silencio de la casa que dormía y de su abrigada estancia, Bello revivía muy lentamente su pálido idilio de amor, su boda y su viudez. Veíase recién llegado de París, muy joven, muy ignorantón y muy presuntuoso, llamando la atención en esta buena ciudad de México, por la elegancia de su ropa y por las fantásticas leyendas que espetaba á sus amigos, á cargo de su reciente residencia europea. Veíase olvidadizo para sus antiguos afectos, los condiscípulos sin dinero que terminaban su carrera entre privaciones, ideales y zapatos rotos. Veíase luego, de calavera á la moda, incorporado á los perdidos de cartel, los que hacen gala de sus defectos y sus vicios; y en fantasmagórico desfile, contemplaba ahora sus juveniles orgías: zambras de toreros, comilonas en

las afueras, fugaces amoríos con mujercuelas de tarifa, riñas con individuos del bajo pueblo, ruidosas ebriedades en teatros y cafés; su apellido, respetado y respetable, haciendo que la alta sociedad sonriera benévola ante los *devaneos de un muchacho*. De pronto, como un rayo de luz en las negruras de sus vagancias de rico, el apareamiento de la que debía ser su esposa, en medio de una gran fiesta de beneficencia organizada por la aristocracia relativa á que su misma familia pertenecía. ¡Cómo lo entusiasmó aquella jovencita delicada y bella que le ofrecía en venta unas flores! Se llegó á su madre, la altiva señorona que conocía á "todo el mundo" y tomó informes con alguna vehemencia.

—¿Conque te gusta, eh?.... Pues ven, te presentaré.....

Y en el centro del salón detuvieron á la vendedora, muy parlera y satisfecha del éxito de su venta.

—Lupe, criatura, oye. Mi hijo Rafael ¿no lo recuerdas?....—y volviéndose á éste, agregó sonriente—vaya, aquí la tienes, dila

lo que me decías á mí, que como hombre de buen gusto te ha encantado.....

Y se marchó tan tranquila, saludando aquí y allá, hasta ganar su sitio entre las señoras mayores, sus iguales en edad, en antecedentes y en fortuna. Lupe y Rafael permanecieron juntos estorbando el tránsito, diciéndola él sus mejores cumplimientos, y ella ruborizada, mirando su cesto, sin hallar respuesta, inquieto el corazón, cual si lo amenazara un peligro; sus mejillas sonrosadas tenuemente.

—Cómprame Ud. más flores, el dinero es para los pobres—fué lo único que atinó á contestar.

Compró Rafael el canasto entero, obsequiando con las flores á sus amistades todas, regándolas en el suelo para que Lupe las pisara. La acompañó á hacer provisión nueva y de antemano se la compró sin pararse en el precio, á pesar de las protestas de la vendedora, excitado por su delicada belleza y por ese reguero de flores que, más felices que él, morían después de haber besado las plantas de una doncella.

102000 6135

—Póngamelas Ud. más caras, mejor para los pobres; pero que sólo yo las compre.

La gente principió á fijarse en aquella rara manera de cortejar; un afán de ostentación de la parte de Rafael, que resultaba distinguida muestra de caballeresco vasallaje. Sonreían las personas mayores, los jóvenes se daban de codo y una repentina corriente de simpatía se estableció en la *kermesse* hacia aquella pareja tan elegante, tan apuesta; dos lindos ejemplares de una buena raza, que se enamoraban sin cuidarse de curiosos ni comentarios, y que triunfaban en toda la línea, por ser los representantes de la belleza, de la juventud y del amor. Ni quien pensara en los vicios del galán, en sus inmundas y públicas córrerías nocturnas; ni quien pensara en que para asistir á esa misma fiesta, había abandonado la cama á las cinco de la tarde, después de una recia tormenta. Ante la lluvia de flores, que continuaba siempre; ante el rubor de la doncella y esa muda caricia de él, se olvidaba todo, los vicios y los peligros, y cual

alado ritornelo, sólo se escuchaba la súplica de Rafael:

—Por los pobres, señorita, tome Ud. por los pobres!.....

A partir de la noche aquella, vínole á Rafael un entusiasmo parecido al enamoramiento, que en Lupe sí fué verdadero. Diríase que el “aquí la tienes,” pronunciado por la madre de Bello, cuando la presentación, había sido una profecía verdadera. Ahí la tuvo en efecto, toda, completa; como se tiene á una doncella honesta, sin restricciones ni reservas espirituales, cuidando sólo del pudor material, de los apretones de manos que nos enmudecen y de los besos fugitivos que nos incendian. Las familias no se oponían ¡qué iban á oponerse! pactaron la boda para pronto; cuestión de que llegaran las donas y de que terminaran la casa y los carruajes. La familia de la novia conocía, como la sociedad entera, toda la tempestuosa juventud del pretendiente, pero confiaba en la santidad del vínculo para curar tales demanes, comunes, por otra parte, en los jóvenes ociosos y con rentas.

El noviazgo dió principio; un noviazgo gris; sin pequeñas riñas, ni grandes reconciliaciones; sin ese delicioso claro-oscuro de los amantes, que los hace saborear los agrídulces dejes del amor. Veíanse por las noches, en la casa de Lupe; juntos iban á teatros y reuniones, y allá, de cuando en cuando, en la lujosa sala de la casa, quedábanse á solas los novios, mudos y encogidos; ella por mucho querer y él por no querer casi nada. Vamos, que hasta de memoria se aprendieron los arabescos de la alfombra, ignorando, en cambio, los puntos débiles de sus mutuos caracteres. Algunas noches, sin embargo, en que el alcohol del Club ó el de las cantinas animaba á Rafael, la solitaria charla salía desmañada y torpe, pero salía, aunque para ir á parar en tal detalle de las carreras de caballos ó cual enredo del casino. Lupe entonces, aprovechaba la relativa locuacidad de Rafael, y necesitando que le hablara de amor, le abandonaba una mano y bajo, muy bajito, le decía:

—¿Me quieres mucho?

—¡No he de quererte!—respondía Rafael.

Hay veces en que hasta sueño contigo; conque, calcula.

Nada, que no podía pasar de ahí; que sus respuestas eran siempre iguales, vulgares, sin aroma; como que no le salían del corazón sino de los labios.

—Pues, anda,—insistía Lupe—repítelo, dílo muchas veces, que más has de cansarte tú de decirlo que yo de oírlo.....

Y ante el mutismo de su amado ó ante sus esfuerzos por contestar algo dulce, sentía Lupe secretos temores por lo futuro, entreveíase abandonada y doliente por el peor de los abandonos, el abandono del corazón en medio de las comodidades y del lujo. Dos ó tres ocasiones pretendió reaccionar, romper el yugo, recuperar su antigua calma, y ofreció misas, peregrinaciones á pie al santuario de Guadalupe, su divina patrona; narró sus miedos á su madre; pensaba en otras cosas; hasta se marchó á una de sus haciendas quince días; de balde todo, en cuanto junto á Rafael se hallaba, desaparecían los propósitos, las desconfianzas y las iras, dejándole en cambio la deli-

ciosa languidez que aquél la producía. Como arma única, contaba Lupe con la muerte, con esa desgarradora certeza que de morir abrigan los jóvenes enfermos. Moriría pronto, lo sabía, pero ¡por Dios santo! que se casara antes; que Rafael, malo y todo, se apiadara de ella, de su cariño inmenso, y la hiciera feliz; ¡sería á tan poca costa! A partir de entonces fué que se operó en ella el cambio radical, aquel cambio que asombró á su familia y á su prometido. Ya no hubo desesperanzas, ni lamentos, ni melancolías; no hubo ya sino muda y enamorada sumisión de alma pura que sin restricciones se entrega, de flor sin mancha que lo mismo perfuma una mano pecadora que una frente de niña. Dicho se está que nadie dió con la clave del enigma; que nadie se percató del interno combate de la muchacha, de esa su resolución suprema de arrostrar el todo por el todo y casarse con quien no la amaba, como ella necesitaba y había soñado; de casarse con el elegido de su alma; con el que había estado esperando; el que había perturbado sus sueños,

en sus fugaces aparecimientos, produciéndola insomnios poblados de fantasmas y sensaciones misteriosas y desconocidas.

En la especie de revista mental que en esta noche pasaba Rafael Bello á su vida, todo lo veía con precisión admirable; sintiendo casi lo que sentido había en esas épocas resucitadas mágicamente ahora por la lectura de la carta de su hija.

Los fugaces arrepentimientos de entonces, cuando ya en las últimas visitas de novio Lupe lloraba por cualquiera cosa y él no podía encontrar en sus interiores de tronera nada que se las calmara, tales arrepentimientos, los experimentaba de nuevo, con idénticas congojas y oleadas tardías de ternura hondísima para la muerta; las que sin duda, y á haber tropezado con ellas en tiempo oportuno, hubieran premiado el inmenso amor de la que fué su esposa. Y revolviéndose en la cama, murmuraba:

—¡Pobre ángel! Cuánto me quería y qué desgraciada la hice....

Miró, luego, las vísperas de su matrimonio; la nerviosa excitación del arribo de tra-

jes y joyas; de entrar y salir de tapiceros; miró sus propias cobardías de varón que siente cercano el enlaee, el miedo ese que despierta el sacramento; miró su cena orgiástica, el adiós á la soltería, entre hembras y amigos; los adornos del templo y el postrer beso que recibió por su dinero; los tapices de la immaculada cámara nupcial, su Cristo de marfil medio oculto en las colgaduras del lecho y sus temblores infantiles al arrodillarse delante del viejo sacerdote que le perdonó sus pecados en el sombrío rincón de una sacristía silenciosa y mística.

¡Qué efímera la luna de miel! En la hacienda,—siempre la hacienda,—una semana de casi aburrimiento; malamente azotada su lascivia por la delicada belleza de camelia marchita que adornaba á Lupe; inventando paseos á la hora del crepúsculo, muy del brazo y muy serios, por los alrededores de la casa; romanticismos y proyectos, salpicados de repente con besos que la situación exigía y que la soledad disimulaba; los que eran sorprendidos, si acaso, por el

blando rumor de alguna ignorada caída de agua, por un rayo de luna ó por un retrasado campesino que se alzaba de hombros; besos perdidos en la diafanidad de la atmósfera, como se perdían los aromas de flores, las manchas de esmeralda de las luciérnagas y el angustioso vagido de alguna res extrañada en el campo.

Luego, un íntimo anhelo de que el destierro acabara pronto para volver á la ciudad, á la existencia acostumbrada, á las comodidades y al trato social.

—“A todo lo que aquí te hace falta y que no puedo proporcionarte”—según decía él dándoselas de esposo modelo.

Y aunque á Lupe la escocía esto del regreso, por comprender que en la endemoniada ciudad volvería Rafael á sus arraigados y poco edificantes hábitos, cedió desde luego por dos razones: por no contrariar abiertamente la autoridad marital y por la ilusión muy recóndita de que su amor realizara un milagro y su marido se corrigiera. Rafael, en vez de corregirse, lanzóse de nuevo á amigos y clubs, cual si los aires

campestres y el breve destierro le hubieran centuplicado fuerzas y apetitos.

Dió principio con esto uno de los ignorados calvarios con que tantos matrimonios mal avenidos se martirizan. Siguió Rafael la fatal gradación de indiferencia de todo hombre poco amante; desde no asistir á la comida íntima con la esposa, á quien se avisa con lacónica esquela de última hora, hasta ausentarse del hogar una noche completa so pretexto del juego, de su pésima suerte al *baccara* que lo obligaba á buscar el desquite. Por supuesto que al día siguiente de una de estas borrascas, observaba en el rostro de Lupe huellas de lágrimas y de insomnio, y él se proponía, más por la depresión que los excesos alcohólicos traen consigo, que por cariño, una enmienda repentina, sin límites, dar de mano á gentuza y vicios, consagrarse á premiar aquella pertinaz y amorosa abnegación de su víctima.

—¿Por qué no pude, Dios mío, por qué no pude?—clamó Rafael á media voz. Y en lugar de respuesta, el panorama aquél continuaba desenvolviéndole su vida muerta.

Vió que la tal enmienda nunca llegó á formalizarse ni pasó de conatos y que, en cambio, lo que sí se presentó y muy formal fué lo que por fuerza debía de presentarse: el embarazo de Lupe, deliciosamente confesado entre pudores y sonrisas, como confiesan esas cosas las mujeres honradas. Aún miraba la escena, recién reconciliados de la pelea mil y tantas, después de que comieron silenciosos y hoscos; en una mecedora de su gabinete, Lupe, que contemplaba cortinas y cielo raso con su cabeza sobre el respaldo de la silla que blándamente iba y venía; él, Rafael, desde el divancito con cojines en que fumaba un cigarro, atisbando un momento propicio para contentarla, los codos apoyados en las rodillas. Pugnaba la pobre de Lupe porque no se la saltaran las lágrimas, á diferencia de cuando por excepci6n dormía con su marido,—partidario de las habitaciones separadas,—en que por lo contrario, daba libre curso á su lloro, á sus hondas tristezas de sentirse tan lejos de Rafael teniéndolo tan cerca. Entonces sí lloraba y mucho, sin poder contenerse, en

cuanto percibía la respiración acompasada de su esposo, hasta que sus sollozos medio despertaban al infiel, quien preguntaba tendiendo un brazo, que de nuevo caía sobre las sábanas, pesadamente, sin haber realizado la caricia:

—“¿Lloras?”.....

—“Qué he de llorar, hijo, duerme y no me hagas caso!”.....

Y el contraste resultaba cruel. En un mismo lecho, dos seres unidos por leyes divinas y humanas, y sin embargo, tan apartados el uno del otro; los movimientos naturales en los que duermen, gracias á la soberana inconsciencia del sueño, juntaban á los dos cuerpos ya en inocentes posturas, ya en posturas lascivas; determinaban acercamientos de pasión y alejamientos de odio, y al despertar, cuando las situaciones debieran haberse definido, Lupe, envuelta en la delicada y casta coquetería de la esposa, esperaba pero en vano que los acercamientos se repitieran; hasta fingía algo de soñolencia y vuelta á Rafael, tocábalo ella misma con una pierna, con un codo; dejaba resba-

lar su hermosísima cabeza de virgen por la blancura de las almohadas, que parecían mancharse y desmancharse, maravillosamente, con la catarata de rizos negros de su opulenta y suelta cabellera. Esperaba pero en vano, pues Rafael, despierto y bien despierto, no experimentaba ya deseos ni ansias, repugnancias tampoco; experimentaba una indiferencia glacial, muy adentro nacida, que apenas si le permitía depositar en la frente ó en las mejillas de su esposa un beso insípido, á la carrera, casi igual á la moneda de cobre que de mala gana dejamos caer entre las abiertas manos de un mendigo, para que no nos importune. ¿Cómo, pues, pudo Rafael engendrar á su hija? ¿En virtud de qué fenómeno pudo Lupe concebirla, darle vida de su propia debilidad, convertirse en la mujer, en la madre que todo lo resiste y sacrifica por la criatura que desde antes de nacer la enferma y le desgarró las entrañas?..... Ello fué que el suceso se produjo; que en la tarde aquella de la tormenta mil y tantas, Lupe le confió su secreto, y que él saltó del diván á

la mecedora ocupada por su mujer; que se arrodilló junto á ella, y loco de gusto, pidióle perdón por lo pasado, lo presente y lo futuro, le exigió pormenores que Lupe enumeró candorosamente y que él desconocía en sus crasas ignorancias de rico vicioso.

—“Oye, mujer, hablas en serio? de veras sientes todo eso? de veras todo eso es un anuncio formal?..... pues que venga el médico, que nos saque de dudas, y si resultan ciertos los toros, tú á cuidarte mucho, ¡pobrecita! y yo, ya verás, yo á entrar en juicio para siempre, como debe estar un papá, te lo prometo.”

Y levantándose de la alfombra, en la que había estado de rodillas, retrocedió unos pasos á fin de mirarla mejor, más á sus anchas, radiante de alegría.

—“Eres otra, te digo que eres otra; te veo transfigurada, como más grande y más solemne, qué sé yo.....”

Oyéndolo, Lupe creyó morir de dicha, creía soñar; bendijo el incipiente embarazo, á pesar del terror que la inspiraba por ser el primero; dió de barato los padecimientos

próximos y hasta se los habría aumentado en cambio de la reconquista de su esposo. ¿Qué importaba martirizar al cuerpo, si Dios, compadecido sin duda, le premiaba el alma?

En efecto, durante unos días, Rafael declaró á sí mismo bueno y sano, curado y recurado con el advenimiento al mundo de un hijo suyo, aquel chiquitín monísimo,—pues monísimo había de ser,—que desde ahora, del sitio misterioso que habitaba, sonreíale con dulce sonrisa parecida á la de los ángeles que revolotean por los márgenes con viñetas de los libros de misa.

Y si él se declaró curado, lo que es Lupe casi llegó á pensar que nunca había estado enfermo. Era que ni él ni ella sospechaban la verdad de lo que ocurría, el instintivo movimiento de júbilo que asalta á todo varón al hacerse pública su patente de virilidad generadora; la que en el caso de Rafael traducíase por un conato de arrepentimiento que, mientras duró, tuvo sumidos en un período de espejismo y de encanto á los cónyuges desavenidos. A todo y por todo mezclaban

el nene, bautizado ya de modos diversos: "cielo," "él," "tu amigo," "nuestro dueño," "el salvador;" nombres con los que era designado según las circunstancias y las personas presentes. A solas fué siempre "él," pero rodeado de una porción de tonterías, de preguntas y respuestas sin sentido: "¿qué pensará de nosotros?," "¿reirá cuando ríes tú?," "¿crees que nos querrá desde ahora?".... Hasta que el chico comenzó á moverse, á dar señales de que vivía, á engendrar en el ánimo de Lupe los secretos y divinos goces de la maternidad, que van comprándose á costa de otros tantos dolores y van ajando las carnes y las bellezas de la madre, quien, sin embargo, los calla y guarda como dádiva celeste y tesoro preciadísimo á los que recurrirá á la larga, con el rodar de los años y cuando el hijo, por ser hijo, los pague con enormes réditos de ingrati- tudes y desvíos, y la madre halle en esas economías inagotables de amor y de ternura, caudal bastante con que perdonar de nuevo sin cesar de idolatrarlo, al que la hizo llorar, aún antes de nacido.

Conforme el fisiológico evento siguió su curso; conforme Lupe perdía salud y colores,—los colores desvanecidos que imprimían á su rostro aquella belleza quimérica de santa medieval,—Rafael volvió á las andadas, á juergas y correrías, á rebelarse contra el yugo, como enfermo incurable que era de la voluntad y de los nervios. Nada más que entonces Lupe tuvo substituto á que acudir, su hijo, á quien charlaba en las desamparadas soledades de sus noches de espera, cual si el niño por nacer fuera ya una persona muy formal y equilibrada, de clara inteligencia y respuestas consoladoras.

No obstante el holgado bienestar de la pareja, no consintió Lupe en que ajenas manos cosieran las íntimas prendas del primogénito:

—Las modistas que se encarguen de lo exterior, lo de lujo; que lo que es de lo que *él* haya de ponerse á diario, sobre su cuerpecito, de eso me encargo yo y nadie más que yo.

Por lo que resultó infructuosa la campaña

en contrario emprendida por entrambas familias; la prohibición facultativa del médico; las letanías de que estaba débil y delicaducha, incapaz de dar cima á semejante tarea. Como lo dijo lo hizo; ella y nadie más que ella fabricó el ajuar diminuto, la canastilla íntegra; toda la infinidad de pañales, mantillas, fajas y gorros, que de entre sus dedos salían encarrujados, blanquísimos, simulando á medida que se amontonaban, muchos copos de nieve sin fundirse. ¡Lo que gozó con su labor, que procuraba ejecutar á solas para dar suelta á sus anhelos! Si alguien la hubiese sorprendido, la habría visto besar los gorritos, doblar amorosamente los pañales, como si ya su hijo estuviera dentro de ellos. Y al no tenerlo todavía ni tener al padre tampoco, si alguien hubiese examinado la costura, habría sentido más de una lágrima escondida en el alba florescencia de encajes y de cintas.

Hasta que á lo último, el acontecimiento se presentó inevitable; después de uno ó dos amagos que obligó á juntarse á la madre de Rafael con los padres de Lupe, quienes,

cual buenos consuegros, no se veían muy á menudo.

Aquella noche, desde temprano, el médico, verdadera celebridad, anunció que el parto era asunto de pocas horas; que él se quedaba para el remoto caso de una complicación que la partera no supiese resolver. Y desde temprano también, la casa se animó con la sorda animación de los grandes sucesos; alerta la servidumbre, encendidas las luces, en el comedor la mesa puesta, en el patio el carruaje con los caballos enganchados; amos y sirvientes hablándose bajo, en morigerado diapasón. En el cuarto de la enferma, velada la luz de la bujía y tres lámparas de mariposa frente á otras tantas imágenes milagrosas, semi ocultas tras las redomas y botellas que coronaban las cómodas. A un lado de la cama, la madre de Lupe sin chistar, rezando quizá; al otro, la partera, acostumbrada á trances tales, descabezaba á hurtadillas un sueñecico. Lupe, debajo de las sábanas, enmudecida, miraba con sus grandes ojos, las sombras de la flama de la vela y lamparillas, que

danzaban por el techo. Antes de las ocho, el médico penetró en la estancia, afable y sonriente, hombre de mundo siempre:

—Si Ud. nos lo permite, Lupita, nos marchamos al comedor, á cenar, ¿qué tal anda Ud. de valor?.....

—Ay doctor, malísimamente, tengo un miedo horrible!

En el comedor ya, el médico tranquilizó á los deudos; así son las primerizas. Mas como ellos persistieran en su aficción y le opusieran sus congojas, él, en compasiva complacencia de sabio que se digna ilustrar al vulgo, descendió á detalles que explicaba pulcramente, entre plato y plato. Había partos y partos, con tales y cuales resultantes y tales y cuales riesgos; una conferencia que las señoras pudieron oír, rociada de eufemismos, de copas de vino tinto y distinguidos ademanes con la servilleta.

—Por fortuna,—concluyó,—el nuestro viene á las derechas; el muchacho de cabeza, como debe de ser. Trabajaremos un poquillo, y á eso de la media noche, á dormir todo el mundo.

Pero llegó la media noche, y nada, ni alumbramiento ni dolores precursores; cual si el muñeco quisiera poner en ridículo los vaticinios médicos ó se arrepintiese de salir al mundo y prefiriera quedarse en su escondrijo, abrigado y feliz. Por fin á la una, dió Lupe un gran grito que alborotó la casa; el médico quitóse la levita y recorrió sus instrumentos, por si acaso; la partera se despaviló; acercaron velas sin pantalla á la mesa de noche y Lupe, convencida de lo inmediato del peligro, revueltas quién sabe qué reminiscencias del viejo amor, llamó á Rafael:

—Dame tu mano, la otra, la derecha, y por la Virgen santísima no me dejes, no te me separes.....

¡El horroroso é imborrable cuadro que presenció Rafael, sin soltar la mano de Lupe y asido con la que le quedaba libre á la cabecera de la cama para no desmayarse!

Primero, un rumor de catarata, de agua que sale á borbotones de algún estanque que se desborda; luego, el parto con sus lentitudes homicidas, crueles, de portentoso

que se realiza fatalmente, á costa de los más grandes dolores, rompiendo y desgarrando sin misericordia; fuerzas secretas y poderosísimas en contra de una mujer sola, extenuada, que no puede más y gime, grita, agoniza. Rafael apartaba la cara, cerró sus ojos, no quería ver; confundidos en el cerebro una porción de ideas; lleno hasta de remordimiento de ser el autor de eso, una carnicería sin nombre; lleno de remordimientos también por haber con su mala vida mortificado á Lupe, cuando ésta, generosa y noble, arriesgaba la suya propia concibiendo una nueva. . . .

Y el portento, continuaba.

Ya *aquello*,—según sentir de Rafael,—carecía de humana apariencia; una bola negra que para salir pugnaba ciega y brutalmente, sin cuidarse de la espantosa herida que causaba. Como en una pesadilla, escuchó la voz del médico:

—Animo, Lupita, ánimo; un último esfuerzo, pero con ganas, así. . . . así. . . .

En las treguas, al callar Lupe, retratábase en su semblante un padecer inmenso,

infinito; mientras los demás seguían ansiosos el curso de la crisis. En medio de uno de estos silencios trágicos, se escuchó el relinchar de un caballo, abajo, en el patio; un relincho moderado, de bestia irreflexiva que se regocija de oler la cuadra.

Y de súbito, el parto. Un montón de carne amoratada, sanguinolenta, asquerosa, que el doctor recibió en sus propias manos y que bruscamente pasó á otras, aconsejando un vapuleo:

—Duro, hasta que chille, está asfixiado. . .

Después, el mismo doctor, más pálido que la enferma, la tomó el pulso en tanto que ella oprimía la mano de Rafael y entornados los ojos, mortal la cara, murmuró:

—Mi hijo, mi hijo! ¿Por qué no grita?, quiero verlo.

Y el doctor entraba y salía, ora con un paquete ora con un frasco, y Rafael no se imaginó nunca de lo que se trataba, hasta que no le oyó recomendar á Lupe:

—Lupita, por favor, mucha calma, que ahora la que peligra es Ud.; luego vendrá su hijo.

—Me muero ¿verdad?—exclamó Lupe como inspirada por repentina iluminación.

—¡Qué desatino, señora!—le contestó el médico, mientras respondía con los ojos á la pregunta muda de Rafael que sí moría, que sí.... Para mejor convencerlo, levantó las sábanas con un gesto de impotencia desconsoladora y Rafael vió en el colmo del espanto, ¡Dios de Dios!, un mar, un verdadero océano de sangre roja que brotaba terca, inacabable, con ruido discreto, cual ignorado y rico venero que surge de improviso y, pacíficamente, se pone á manar. Así la sangre de Lupe, manaba, manaba dibujando curvas, bifurcándose, invadiendo el lecho todo; una verdadera inundación lúgubre y sin término. De balde la ergotina, las inyecciones de astringentes; de balde los rezos á voces y los sollozos sofocados, que principiaban á lamentar el desenlace funesto. La hemorragia continuaba terca, pacífica, con discreto ruido; era lo que no puede evitarse, lo que nadie ataja, el aletazo despiadado y fatal de la muerte.

—Esto se concluye,—declaró el médico,—

nada hay en el mundo contra ello ni tengo más qué hacerle....

Tan se acababa, en efecto, que Lupe no hablaba ya, ni oprimía la mano de Rafael; sólo fijaba sus grandes ojos en ese punto invisible para los vivos y que quizá sea la frontera del más allá. Y cuando advirtió que las señoras reclamaban la presencia de un sacerdote, ella, la desventurada madre, reunió los escasos alientos que le quedaban y declaró enérgicamente:

—Mi hijo, mi hijo primero!.... Después lo que Uds. manden....

De nada sirvieron las exhortaciones del doctor:

—Lupita, Lupita, no se agite Ud. así, que el menor movimiento brusco determinaría la.... el síncope.

—Mi hijo! mi hijo!....—decía sin parar la madre enloquecida.

Y á la vez que en busca del sacerdote salía de la casa el coche, con un estruendo de catástrofe, apiadáronse todos, le acercaron á la criatura muy bañada, muy inconsciente, muy vestida de limpio. Con la

rápida convicción que para cuanto acaese á nuestro alrededor nos brinda la muerte al cercarnos, Lupe comprendió que no podría sujetarla, que la empaparía en su sangre, y como el tiempo urgía, como cada minuto le arrebatava fuerzas, vista y oído, en su amor inmenso hacia aquel ángel que al nacer la asesinaba, quiso, antes de emprender el viaje sin regreso, ser madre completa, amamantar á su hijo; con un ademán de impudor sublime, descubrióse el seno, y con debilísima entonación le susurró á Rafael:

—Tú..... pónmelo tú..... encima del izquierdo..... lo más cerca del corazón!...

Al sentirlo sobre sí, intentó abrazarlo, pudiendo apenas distinguirse que suspiraba:

—¡Hijo!.... ¡hijo mío!.... ¡mi vida!...
¡Su vida y no la tenía ya!

Durante un minuto de imponente mutismo, suspendido el chico en los brazos de Rafael, sobre el exangüe seno de la muerta, percibióse distintamente, en la alfombra, el gotear de la sangre, como obstinado tic-tac de un reloj implacable.

Luego, la velada, la fatídica quietud de la casa mortuoria; y al par que la misteriosa charla de los cirios en su chisporroteo y que el silencio soberano de la muerte, la impertinencia, puramente animal, de la nueva vida; la huérfana recién nacida que lloraba allá, lejos, en habitaciones interiores del edificio.....

¡Cuántas ocasiones Rafael, á los tantos años de viudo, resucitaba el acontecimiento y entre recuerdos y remordimientos se le iba el sueño! ¿Por qué no amó á su mujer? ¿por qué no la hizo dichosa, cual lo merecía? él no era malvado.... Y frente al desconsuelo que origina lo que consumamos, Rafael padecía é imaginaba que estas evocaciones y los insomnios que las seguían, formaban una especie de desagravio tardío, de sufragio eficaz por la pobre alma de su Lupe mártir.....

Al alba vino á dormirse, con pesadeces de sopor y estremecimientos nerviosos, pensando en su hija, en su Nona, resuelto á quererla más y más cada día.

Despertóse á las diez, mal humorado á

causa de la ruidosa entrada de su parásito, del inverosímil y nunca bien ponderado Chinto, quien tropezaba con los muebles y se llegó hasta su cama canturreando:

“Costas las de Levante,

“Playas las de Lloret....”

III

—Qué importuno eres, hombre; calla la boca y déjame dormir! ¿Por qué demonios no preguntaste á los criados si podías entrar?

Chinto, con toda la mansedumbre que le era característica y que tan simpático hacía lo era á sus amigos ricos, interrumpió su canto y á tientas abandonó la estancia.

—Dispensa, hijo, dispensa; te aguardaré en la biblioteca.

Y conocedor de la topografía de la casa, como su mismo dueño, á la biblioteca se fué, una habitación lindísima con vistas al segundo patio, del que subían á perturbar la indefinida catalepsia de los libros,—muy